

Fecha 17.07.2009	Sección Primera	Página 19
----------------------------	---------------------------	---------------------

JOSÉ ELÍAS ROMERO APIS

El escándalo por el nuevo visado canadiense nos deja en claro que alguien no hizo su trabajo. Tan sólo había que hacer dos cosas. Una, anunciarlo. Dos, con anticipación.

JOSÉ ELÍAS ROMERO APIS Pasaportes y visas, nacionalidad y soberanía

Me duelen mis paisanos. Siempre me han dolido en la frontera.

Pero, más recientemente, me han dolido confinados en un avión en China.

El escándalo que se ha producido por el nuevo visado canadiense nos deja en claro que alguien no hizo su trabajo. Las dudas que surgen en el hombre de la calle son de quién fue ese irresponsable. Tan sólo había que hacer dos cosas. Una, anunciarlo. Dos, con anticipación. Todo indica que debiera ser un aviso canadiense que no se hizo. Pero, si la cancillería mexicana fue notificada debidamente y no indujo a la representación extranjera a hacerlo, asume una corresponsabilidad imperdonable. No en lo jurídico, sino en algo peor: en lo moral y lo político.

Porque son una infamia las escenas que nos han mostrado, donde vemos a mexicanos implorando tan sólo por información precisa ante las rejas de la legación, durmiendo en la banqueta y recibiendo nada más vaguedades de genardames que, ni siquiera, de empleados consulares. Si eso es culpa de los canadienses, qué falta de respeto y amistad. Si eso es culpa de las autoridades mexicanas, qué falta de orgullo y autoestima. Si es culpa de los dos, prefiero no ser lépero y que el lector dictamine de qué es la carencia.

Aclaro que no lo digo por haberlo sufrido en carne propia. He visitado Canadá muchas veces, primero en comisión oficial y, más tarde, para ver a un hijo mío que, en la adolescencia, hizo allá sus estudios. Pero desde hace doce años que mi hijo concluyó su ciclo escolar y que yo dejé de ser empleado del gobierno, no he tenido interés en regresar. Lo que vi allá fue muy grato pero fue suficiente. En ese mismo lapso he visitado unas treinta veces Estados Unidos u otros países que me interesan más.

Así que no me veo solicitando esa visa. Sin embargo, me duelen mis paisanos. Siempre me han dolido en la frontera. Pero, más recientemente, me han dolido confinados en un avión en China. Me han dolido lastimados en Cuba, Francia, Chile, Argentina o España. Ya no me acuerdo de otros países, pero a éstos voy a tardar en olvidarlos porque siempre me han dolido los mexicanos. México es como mi piel. Lo que le pasa a él, me duele a mí.

Esto me ha hecho pensar que es, en materia de migración, donde más fácilmente podemos sentir la soberanía como fenómeno real.

Pondría dos ejemplos que podrían familiarizarnos con el asunto.

En el primer caso, supongamos que arribo al aeropuerto Kennedy y tengo que entrar a Estados Unidos a través de una puerta que se llama oficina mi-

gratoria. Allí me recibe un agente detrás de una ventanilla. Toma mi pasaporte, lo examina, me volteo a ver, teclea una computadora, me vuelve a mirar, me pregunta algo que ya sabe, revisa la pantalla. Y a una velocidad de rayo se arranca es-

tampando sellos, cortando talones y engrapando matrices. Me entrega mis papeles y, con el más seco de los tonos, me dice un *gracias* en inglés apenas audi-

Si es culpa de los canadienses, qué falta de respeto y amistad. Si es culpa de las autoridades mexicanas, qué falta de orgullo y autoestima.



Fecha 17.07.2009	Sección Primera	Página 19
---------------------	--------------------	--------------

ble. Con eso, ni más ni menos, me está abriendo la puerta de su país.

Pero, sabiendo todo lo que él representa, toma aire y, mirando al que me sigue en la fila le grita, imperativamente: *Next*. El aludido obedece con la mayor docilidad. Y así como yo lo hice minutos antes, él toma su equipaje de mano, sus papeles consulares, su timidez, su obediencia y hasta su miedo. Con ellos camina aprisa, para no incomodar al agente con un segundo más de espera. Y es que, allá, él es el soberano y yo soy el sometido.

Esa es la mejor representación de la soberanía en tan sólo dos metros cuadrados. Ese modestísimo burócrata trae una mayor dosis de soberanía estadounidense que el presidente Barack Obama o el gobernador David Paterson. Si él dice que yo no paso, no pasaré. Ya podría yo ser el mejor abogado, el más inteligente político o el más opulento magnate, que no entraré si no me lo autoriza. El tiene las llaves del reino, que se llama soberanía.

Días más tarde aterrizo en el Aeropuerto Benito Juárez. Al igual que allá, antes que nada paso por la oficina migratoria que es, también, la puerta de México. Tomo la ventanilla destinada para mexicanos. Me recibe el agente migratorio y las cosas son muy distintas. Me acerco sin temor ni timidez. Me impaciento si él se tarda. Lo miro de arriba hacia abajo. Y es que aquí yo soy el soberano y él es el servidor. Yo soy un ciudadano del pueblo dueño del país al que estoy llegando y él tan sólo está para abrirme la puerta.

Ya podría yo ser el más buscado criminal, el más humilde pordiosero o el más débil de los individuos que ni él ni el jefe de Gobierno del Distrito Federal ni el Presidente de la República podrían impedirme que entre a mi país. Si me pregunta algo, podría yo contestarle lo que quiera y sólo si tengo ganas de hacerlo. De todos modos entraré a México. Lo haré cuando yo quiera, por la sola virtud de ser mexicano. Nadie más tiene esa plena libertad. Ni Sarkozy ni Medvedev ni Juan Carlos ni Benedicto. Sólo yo y mis paisanos. Esta es mi casa y yo tengo las llaves de este reino y se llama nacionalidad.

En fin, los sinsabores sirven, por lo menos, para desperezar un poco la mente.

w989298@prodigy.net.mx